
Los Balcanes y la unidad de Europa

Juan González-Barba

Una de las consecuencias de la invasión rusa de Ucrania ha sido resucitar la atención de la Unión Europea por los Balcanes Occidentales –término con el que se conoce a los seis países balcánicos que aún no forman parte de la Unión Europea. Se busca ahora acelerar su ingreso en la UE, lo que se ha traducido en el reconocimiento de la condición de candidato e inicio de las negociaciones (Bosnia y Herzegovina), en un nuevo impulso al proceso negociador en marcha, aunque en diferentes fases (Albania, Macedonia del Norte, Montenegro y Serbia), o en decisiones que faciliten, en el caso de Kosovo, la progresiva concreción de su vocación UE (acuerdo de exención de visados de corta estancia, esfuerzos mediadores del Alto Representante entre Serbia y Kosovo).

La narrativa subyacente a este conjunto de decisiones ha adolecido, sin embargo, de una relativa falta de entusiasmo por parte de la UE. Se ha insistido en que el mantenimiento de los Balcanes Occidentales en el limbo actual, de eternos candidatos, los expone

particularmente a la injerencia de terceros Estados con vistas a su desestabilización y, a su través, a la de la UE en su conjunto. También se ha recordado la necesidad de aumentar la capacidad de absorción de la UE en relación con estos y otros candidatos, para lo que se precisarán reformas institucionales y de funcionamiento de la propia UE. Ambos argumentos son ciertos sin duda alguna. Pero la sensación que queda –al menos para las opiniones públicas de dichos países– es que su ingreso en el club europeo es visto como *mal menor*, en la medida que una permanencia *sine die* de los Balcanes Occidentales en el limbo entrañará el infierno para todos, también para la UE, porque las llamas que atizan los enemigos de la UE –principalmente la Rusia de Putin– serán tan altas que todos pereceremos abrasados. Sería preferible, pues, la incierta salvación conjunta a la segura condena de todos, aunque los desafíos sean tan grandes que alberguemos dudas de si con el paso que damos no terminaremos descoyuntando a la UE.

¿De dónde viene esta percepción negativa? Desde luego no es de ayer, ni tampoco es superficial. Está arraigada en lo más profundo de la psique europea desde los mismos albores de su historia, y fue confirmada del modo más estrepitoso posible con el detonante de la Primera Guerra Mundial, en que se hizo añicos el orden multiseccular europeo: el asesinato del archiduque Francisco Fernando por un nacionalista serbio el 28 de junio de 1914 en Sarajevo. La región ha dado lugar a un sustantivo, «balcanización», con que se describe la extrema división, generadora de gran violencia. La división histórica de los Balcanes, prosigue el razonamiento, ha hecho que una región de relativa poca importancia, incapaz de regir sus propios destinos, la haya cobrado precisamente porque su fragmentación y debilidad haya atraído una y otra vez la codicia de vecinos más poderosos (los imperios bizantino, austro-húngaro, otomano, ruso y alemán, la república de Venecia y el reino de Hungría), haciendo de los Balcanes el escenario

de innumerables guerras que libraban por procuración potencias cuyo epicentro estaba fuera de la región.

De esta manera, estaríamos convirtiendo una vez más, en cierto modo, a los Balcanes en escenario de grandes rivalidades, en este caso la que librarían Rusia y la Unión Europea/OTAN, de modo palmario desde el 24 de febrero de 2022, en realidad desde 2014, aunque algunos remonten sus antecedentes inmediatos a 2008 (invasión rusa de Georgia), 2004 (revolución naranja) e incluso 1999 (bombardeo de la OTAN de la República Federal de Yugoslavia durante la guerra de Kosovo).

Pero la perspectiva cambiaría si aceptáramos la hipótesis de que la división intrabalcánica ha sido el fruto, no de la marginalidad de los Balcanes, sino, al contrario, de su centralidad. Los grandes imperios y sus sucesores no habrían librado guerras de procuración entre sí en los Balcanes porque su división facilitaba su rápida conquista y propiciaba el choque con imperios rivales que avanzaban en la dirección contraria, sino que esa división –además de otras razones de índole geográfica– habría sido el resultado del enfrentamiento incesante de potencias extrarregionales, ocasionado por la importancia de la región.

El choque fue, además, inevitable, en la medida en que el principal vector de la historia europea había sido el euroasiático (el americano sólo apareció a partir de la Edad Moderna; el africano, más importante durante el Imperio romano, fue secundario respecto al euroasiático en la historia europea propiamente dicha). En otras palabras, Europa es parte del continente euroasiático y el subcontinente europeo ha estado, como el subcontinente indio, sujeto a la influencia constante de Asia Central, de manera que, a lo largo de la historia europea, hay un empuje continuo de pueblos en dirección Este-Oeste, generalmente activado por desplazamientos de nómadas de las estepas de Asia Central, que se imponían (ganaban guerras, asolaban, conquistaban y/o se asentaban)

en Europa Oriental y Central. A su vez, aquellos terminaban siendo frenados (derrotados en guerras, expulsados, o asimilados mediante la romanización y cristianización) por los europeos más occidentales, en un reflujo en dirección Oeste-Este.

Esta ley histórica europea se asemeja al espectáculo que nos ofrecen las desembocaduras de los ríos, en las que las aguas dulces y saladas avanzan y retroceden en función del caudal fluvial y de las mareas y fuerza del oleaje. Y también se mezclan, formando zonas de aguas salobres en los grandes estuarios. Pues bien, los Balcanes han sido la región salobre de Europa. Y, así como cuando ocurre un terremoto buscamos la falla que lo produjo, nos interesa saber cuáles han sido las fracturas principales de los Balcanes. Hemos de desconfiar de que las fronteras nos las revelen, especialmente si han gozado de prolongada permanencia y no responden a accidentes geográficos de relieve. En esos casos se puede consolidar más fácilmente la separación entre potencias porque, al ser un lugar o límite secundario, es más fácil hallar un acomodo que se consolide. Dos ejemplos vienen a la mente: el pequeño trecho de costa de Bosnia y Herzegovina en el municipio de Neum, que marcó la divisoria meridional entre el Imperio otomano y Europa Occidental, que a la vez heredaba el papel de zona tampón otomana que propició la República de Dubrovnik/Ragusa entre ella misma y la República de Venecia; o el pequeño río de 16 kilómetros, Rjecina, que divide en dos la ciudad de Rijeka en Croacia, y que durante siglos fue frontera internacional. Es significativo que su nombre croata –así como su nombre italiano, Fiume– signifique literalmente «río», mientras que centenares de ciudades atravesadas por ríos mucho más largos y caudalosos nunca fueron conocidas por este accidente geográfico. Durante siglos marcó la división entre los territorios de la corona de los Habsburgo y de la corona húngara de San Esteban, y a principios del siglo pasado fue el límite entre el Reino de Italia y el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos.

Las fallas auténticas, los puntos estratégicos de la región neu-rálgica que son los Balcanes, se detectan en superficie por la gran movilidad de las fronteras y, sobre todo, por la sangre derramada en las numerosas batallas libradas en sus alrededores. Las fallas son principalmente dos, una oriental o menor, y otra occidental o mayor. La oriental está formada por las regiones históricas de Tracia y Macedonia. En ellas se sucedieron los enfrentamientos entre el primer y segundo Imperio búlgaro con el bizantino, entre éste y el otomano, entre éste y el ruso, y entre estos dos Imperios y algunos de los Estados que se independizaron del otomano, hasta alcanzar el nivel de virulencia máxima con las dos guerras balcánicas a principios del siglo XX, en que lucharon serbios, griegos, búlgaros, rumanos, montenegrinos y otomanos con alianzas cambiantes. Las disputas recientes que ha vivido Macedonia del Norte, primero con Grecia a cuenta del nombre, y en la actualidad con Bulgaria a propósito de la lengua y otras cuestiones de identidad, son como el rescoldo de una brasa que nunca se ha apagado del todo.

La falla principal u occidental se sitúa en la región que forma la confluencia del Danubio y el río Sava. Ha constituido el pasillo histórico que ha conectado Asia Central (y la Europa Septentrional y Oriental) con la Europa Occidental a través de la península itálica y el Adriático. La gran plataforma que es la llanura panónica, cuyo papel ha sido esencial en la historia europea, conecta, a través del eje Danubio-Sava, con la península itálica, epicentro del Imperio romano, de la cristiandad occidental y, por la combinación de ambos, del núcleo original de Europa. Este pasillo fluvial se bifurca a la altura de Sisak: por una parte, sigue el curso del río Sava atravesando Zagreb hasta Liubliana y de ahí, abandonando el curso del Sava, salva los Alpes dináricos a través del puerto de montaña de Postojna hasta alcanzar el Adriático a la altura de Trieste; por otra, hacia el Sur, sigue el curso del río Kupa, en

Karlovac continúa por la llanura que forman los ríos Dobra, Mreznica y Korana y salva el macizo del Velebit siguiendo el cauce de los ríos de montaña Gazca y Lika, hasta alcanzar el Adriático dálmata.

La trascendencia de esta ruta ha sido decisiva en la historia europea. Los hunos tomaron la bifurcación septentrional a mediados del siglo V, al entrar en la península itálica provocaron la huida de sus pobladores, refugiados en las islas de la laguna en lo que sería el embrión de Venecia, y llegaron a las mismas puertas de Roma. El pueblo germánico lombardo, asentado en la Panonia a principios del siglo VI, atacó la Italia bizantina en la segunda mitad de ese siglo tomando también la ruta norte. La importancia de la conquista lombarda de Italia en la protohistoria europea es enorme: después de dos siglos de presencia, los ataques de sus reyes Astolfo y Desiderio contra los Estados Pontificios hizo que, primero el papa Esteban II y luego Adriano I, pidieran ayuda a Pipino el Breve y Carlomagno respectivamente. En la alianza entre el papado y los francos carolingios está el origen de la recreación del Imperio romano bajo la forma del Sacro Imperio Romano. Los eslavos del Sur, en cambio, tomaron la ruta meridional y tenemos noticias de la llegada de croatas al Adriático dálmata al principio del siglo VII. Los mongoles seguirían también la misma ruta en el siglo XII, pero su líder Kadan, nieto de Gengis Kan, decidió regresar a su país cuando llegó a sus oídos la muerte de su padre, Ogedei Kan. Europa Occidental se libró así de la devastación que conocieron Polonia y Hungría a manos de los mongoles.

Fue la última vez que un invasor tomó esta ruta. Europa Occidental, desde entonces, plantó cara a cualquier ataque o invasión que proviniera del Este. Viena fue el extremo más occidental de Europa que resistió la embestida, sin sucumbir a los sitios otomanos de 1529 y 1683. En los alrededores del eje Danubio-Sava tuvieron lugar las cruciales batallas de Mohacs, la de 1526 que

significó la conquista de los otomanos de Budapest y buena parte de Hungría, y la de 1687, que supuso la expulsión de los otomanos del Danubio medio. No es casualidad que Belgrado, situada precisamente donde el Sava desemboca en el Danubio, haya sido la capital más castigada de la historia europea: más de un centenar de batallas se contabilizan en su perímetro o alrededores y fue arrasada total o parcialmente en decenas de ocasiones. Pero la condición de encrucijada del eje Danubio-Sava había sido ya patente antes de la existencia de Europa. Baste recordar una de las batallas más importantes que libró el emperador Constantino el Grande, la de Cibalis, en los alrededores de la actual Vinkovci, tuvo lugar en 314 o 316 contra el co-augusto Licinio. Venció Constantino quien, tras derrotar de nuevo a Licinio un año más tarde en la batalla de Mardia, puso fin a la tetrarquía y restauró el imperio de un solo gobernante.

Constantino no hubiera podido fundar Constantinopla en 325 si, previamente, no se hubieran conquistado y romanizado los Balcanes. Y ese remoto precedente nos da ya una idea de lo que puede dar de sí la región si en su seno prevalece la unión en vez del enfrentamiento. Iliria era el nombre de una región histórica que se corresponde *grosso modo* con los Balcanes Occidentales, y se conoce con el nombre de emperadores ilirios a los nueve emperadores que rigieron el imperio entre 268 y 285, de los que siete eran oriundos de Iliria. El propio Constantino nació en el último cuarto del siglo III en Naissus, hoy Nis, en Serbia, y por tanto fue también ilirio. Pero hubo muchos otros emperadores balcánicos en esa época: en la antigua Cibalis, ya mencionada, nacieron en el siglo IV los emperadores Valentiniano I y Valente; sobre todo, fue la capital de la Iliria romana, Sirmium (la actual Sremska Mitrovica, en Serbia) la que más emperadores dio al imperio, seis nada menos, dos de los llamados ilirios (Aureliano y Probo), más Decio, Constancio II, Graciano el joven y Maximiano. Otro de los emperadores

balcánicos más conocidos, Diocleciano, nació en Salona y terminó sus días en un palacio que construyó en sus inmediaciones, y que es hoy día la principal atracción turística de Split, en Croacia. Instituyó además la principal reforma administrativa en el imperio romano tardío mediante la tetrarquía, que posiblemente fue decidida en Sirmium.

Muchos siglos después, la unidad de los Balcanes —esta vez sólo de los occidentales—, permitió que la región hiciera de vínculo entre una Europa dividida. Yugoslavia se convirtió en el puente europeo entre el bloque occidental y el bloque soviético. Nos es difícil con la perspectiva actual comprender qué significó Yugoslavia en la Europa de la posguerra: tras su implosión violenta y la independencia de los Estados sucesores, Yugoslavia no goza de buena fama. La identidad nacional de dichos Estados, en variable medida, se hizo por contraposición a una imagen de Yugoslavia que sofocaba las verdaderas identidades nacionales que aherrojaba en su seno. Pero si tratamos de ajustarnos las lentes históricas, comprobaremos que no fue esa la visión que tuvieron de Yugoslavia la mayoría de los que la vivieron, tanto en su seno como fuera de ella. En su época dorada, en la década de los sesenta hasta que se sintieron los efectos de la crisis petrolífera mundial a mediados de los setenta, se reconoció a Yugoslavia la capacidad de superar prontamente los conflictos internos que vivió durante la Segunda Guerra Mundial, el desarrollo económico alcanzado a través de su peculiar modelo de autogestión, y su liderazgo mundial, junto a Indonesia y Egipto, en el movimiento de los no alineados. Sobre todo, y a efectos europeos, fue, como se ha dicho, un puente durante unas décadas en las que Europa estuvo fracturada como nunca antes.

En la década de los noventa del siglo pasado, la desmembración violenta de Yugoslavia iba a empañar durante mucho tiempo una mirada serena a lo que tuvo de excepcional, porque la unidad

de esta región de Europa, que redundará en beneficio de la unidad europea, ha sido la excepción histórica. No es casualidad que, además de Sarajevo y Srebrenica, el símbolo de la violenta destrucción de Yugoslavia haya sido la ciudad de Vukovar, a pocos kilómetros de Vinkovci, patria chica de los emperadores romanos Valentiniano I y Valente y escenario de la batalla de Cibalis. Y no debe causar extrañeza que a dos kilómetros de Vukovar se encuentre el yacimiento de Vucedol, epicentro de una de las más originales y desarrolladas culturas de la Edad de Bronce, que se extendió por buena parte de la cuenca danubiana. La geografía no determina la historia, pero ejerce una influencia que hemos de saber leer.

Por eso, la adhesión de los países de los Balcanes Occidentales a la Unión Europea permitirá revivir una unidad de la región que, en puridad, sólo se había alcanzado durante el Imperio romano. Los efectos beneficiosos para Europa van mucho más allá de un movimiento preventivo de la desestabilización promovida por terceros, principalmente la Rusia de Putin o la que continúe su legado. No es posible abordarlos por falta de espacio en este artículo. Baste apuntar que en un siglo XXI en el que el centro de gravedad se ha desplazado hacia Asia, y que el puente principal entre la parte europea de Eurasia y el resto del continente, esto es, Rusia, ha sido demolido y tardará mucho en reconstruirse, la unidad de los Balcanes permitirá a la Unión Europea entroncar con Asia a través de Anatolia. Turquía es país candidato a la adhesión a la UE: ella misma tiene una de las llaves que abre la puerta del club; la otra la tiene Chipre, pues sin resolución del conflicto chipriota no es concebible la adhesión turca; y la tercera consiste en la unidad recobrada de los Balcanes. Tan poderosa será su materialización que permitirá salvar las dudas y reticencias que tenga el resto de la UE respecto a la candidatura turca. Ahí estriba el potencial transformador que la adhesión de los Balcanes Occidentales tendrá para Europa. Desde la perspectiva geográfica que ofrece

Sremska Mitrovica, la antigua Sirmio, es más fácil comprender cómo los Balcanes Occidentales quedan truncados, y con ellos Europa, si se excluye la única megalópolis de la región –y del resto de Europa–: Estambul, la Constantinopla que fundó Constantino el Grande en 325, auténtica puerta de Europa a Asia, desde su fundación hasta nuestros días.

J. G.-B.

